

Una chacra en Montevideo, dos hoteles en Carnac. Tres casos paradigmáticos de ciencia en lugares impensados a ambos lados del Atlántico

IRINA PODGORNÝ
CONICET, Museo de La Plata, Argentina

NATHALIE RICHARD
*Laboratorio Temps, Mondes, Sociétés – (TEMOS) CNRS UMR 9016
Universidad de Le Mans, Francia*

Resumen

Este artículo trata de dos lugares que actuaron como espacios de formación o de sociabilidad “científica” para la arqueología y la paleontología del siglo XIX: dos hoteles en Bretaña y una casa-quinta en Montevideo, puntos de encuentro y de intercambio de ideas para los encargados del trabajo de campo de esas disciplinas en formación. Los espacios aquí tratados comparten el hecho de estar situados en regiones alejadas de las principales instituciones eruditas: se trata de un fenómeno que ocurre en el ámbito privado, en el cruce de una cultura letrada y comercial que caracteriza las prácticas científicas de Europa y de Iberoamérica, en espacios no necesariamente ligados a las infraestructuras estatales ni metropolitanas. El estudio de estos lugares alejados de la metrópoli, hace visible la gran similitud entre las localidades provinciales europeas y las extraeuropeas, lo que explica la reunión de Montevideo y Carnac en un mismo artículo.

Palabras clave: ciencia en provincias; Dámaso Larrañaga; gliptodonte; egalitos; Bretaña

Abstract

This article focuses on two places that acted as spaces of training or “scientific” sociability for archaeology and palaeontology in the nineteenth century: two hotels in Brittany and a small house in Montevideo, which were meeting points and places for the exchange of ideas among the fieldworkers of these disciplines in the making. The spaces discussed here have in common their being located in regions far from the main scholarly institutions: this is a phenomenon that occurs in the private sphere, at the crossroads of a literate and commercial culture that characterizes the scientific practices of Europe and Latin America, in spaces that are not necessarily linked to state or metropolitan infrastructures. The study of places that are removed from the metropolis reveals the great similarity between European and non-European provincial localities, which explains why Montevideo and Carnac are brought together in the same article.

Keywords: provincial science; Dámaso Larrañaga; glyptodont; megaliths; Brittany

Introducción

Hasta bien entrado el siglo XX, las prácticas de campo relacionadas con la recolección de datos y especímenes en disciplinas tales como la arqueología y la paleontología no integraban la formación académica ni las rutinas de los profesores ligados a ellas. Como han desarrollado varios autores, el trabajo de campo se iría incorporando a los programas de estudio y a las actividades a realizar por los profesionales de manera desigual según las disciplinas y las escuelas de cada país. Durante el siglo XIX, además de mal valorado, estaba o poco controlado o dirigido de manera remota a través de instrucciones o delegados en el campo. Estas instrucciones giradas por los museos o las sociedades científicas eran una reformulación del famoso método apodémico (o el modo de hacer con utilidad los viajes) combinado con las prácticas de la administración estatal—en el caso del espacio europeo—o del gobierno colonial a distancia y a través del papel.¹ Las mismas, aún en épocas post-coloniales, indicaban qué y cómo coleccionar según las modas y ausencias en las colecciones metropolitanas pero también independizándose de éstas modelando empresas y profesiones que, en el siglo XIX, se especializaron en estas actividades.² Así, surgió una doble paradoja: aunque el trabajo de campo era esencial, las instituciones lo delegaban a actores subalternos, no necesariamente formados institucionalmente pero que, a pesar de ello, solían estar al tanto de la demanda y de las novedades científicas.

A raíz de ello surgen varias preguntas: estos encargados no institucionales del trabajo de campo ¿cómo y dónde adquirirían esa información sobre dónde, qué y para quién coleccionar? La adquirirían sin dudas—siempre y cuando su-

quieran leer o participaran de círculos donde se leyera—a través de los libros o las noticias en la prensa, pero también gracias a las conversaciones o rumores que señalaban el valor económico o intelectual otorgado a esos objetos. Como veremos en este artículo, estos encuentros y esas conversaciones de las que quedan pocos rastros se produjeron en todos los continentes y en los lugares más inesperados, los cuales, hasta ahora, no han sido analizados en profundidad. Por ello proponemos estudiar dos tipos de espacios donde esto ocurre y que definimos como “centros de conocimiento”, efímeros, sí, pero fundamentales en la práctica de estas ciencias. Se trata de lugares que, lejos de estar concebidos como lugares de formación o de sociabilidad “científicas”, por un lado, fueron cobijo o parada obligatoria de quienes salían al campo; por otro, fueron creados por los itinerarios de los viajeros y coleccionistas de campaña proveyendo la infraestructura para éstos. Situados en regiones alejadas de las principales instituciones eruditas, se constituyeron en verdaderos puntos de enlace, conectando a la gente y generando un lugar de intercambio, donde las instrucciones o las expectativas se articularon con la realidad del lugar, creando nuevas entidades y objetos de estudio.³ (Fig. 1)



IN THE KITCHEN OF THE HÔTEL DES VOYAGEURS AT CARNAC.

Fig.1. Convivio en el Hotel de Viajeros en Carnac. Obsérvense los distintos personajes que se encuentran en la cocina, conversando entre ellos. (Tomado de Henry Blackburn, *Breton Folk: An Artistic Tour in Brittan*, London, 1880, p. 185)

Nuestro artículo se centra en dos de estos lugares, en dos continentes, en dos momentos históricos y referidos a dos disciplinas diferentes durante la emergencia de sus prácticas: la arqueología prehistórica a fines del siglo XIX y la anatomía

comparada/paleontología en las décadas de 1820-1830. El trabajo se organiza en dos partes que, por esa divergencia, permiten mostrar que estos nudos, como propone este dossier, aparecen, tanto en Europa como en Iberoamérica, en el ámbito privado y en el cruce de una cultura letrada y comercial, en espacios no necesariamente ligados a las infraestructuras organizadas por los Estados. Nos referimos a dos hoteles cerca del pueblo de Carnac en la Bretaña y a una casa-quinta montevideana, instalaciones que, como argumenta este artículo, ocuparon un lugar central en la producción de nuevo conocimiento científico, impulsando la circulación de información gracias a que allí se reunían personas que aprendían a mirar esas cosas que estaban a la exhibición para su venta o mera contemplación. Estos lugares, por otro lado, se consolidaron como eslabones de los itinerarios de viaje gracias a diversos canales, en particular las recomendaciones, las guías y las publicaciones destinadas a un público más amplio. El estudio de estos lugares alejados de las metrópolis científicas, sostenemos, hace visible la gran similitud entre las localidades provinciales europeas y las extraeuropeas.

La primera parte del trabajo se basa en la correspondencia y manuscritos de Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848), publicados en la década de 1920 por el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, cuyos originales se guardan en el Archivo General de la Nación (AGN) de Montevideo. Asimismo, se han utilizado los Diarios/*Tagebücher* (TG) de Friedrich Sellow (1789-1831), su correspondencia y excursiones (Exk), material inédito depositado en el archivo del Museum für Naturkunde de Berlín (MfN), así como las publicaciones basadas en los resultados de sus expediciones. La segunda recurre a materiales poco utilizados en la historia de la arqueología prehistórica, como los archivos del Musée de préhistoire James Miln Zacharie Le Rouzic (Carnac), en la Société polymathique du Morbihan y en los archivos departamentales de Morbihan (Vannes) y en el Musée d'archéologie nationale de Saint-Germain-en-Laye.

Una historia con múltiples escenarios: los huesos del vicario

A finales de octubre de 1821, el botánico francés Auguste de Saint-Hilaire (1789-1853), que por entonces se encontraba en Río de Janeiro, le escribía a Dámaso A. Larrañaga, párroco de Montevideo, recomendándole al naturalista Friedrich Sellow, comisionado por los gobiernos prusiano y brasileño en viaje de Río de Janeiro a Paraguay. En su camino, visitaría la Banda Oriental que, ocupada por las tropas brasileñas, entre 1821 y 1825 llevó el nombre de Provincia Cisplatina.⁴

En su carta, Saint-Hilaire recordaba su encuentro del año anterior, compartiendo impresiones sobre la historia natural, conversando sobre rocas, petrificaciones, herbarios y sistemas de clasificación.⁵ Saint-Hilaire, apreciando el conocimiento de Larrañaga, empezó a recomendar a todos los naturalistas que partían hacia el Uruguay que lo visitaran en su residencia, una chacra o quinta que se transformaría en uno de los centros más importantes para el estudio de la historia natural del Río de la Plata.⁶

Larrañaga había nacido en Montevideo en 1771, en el seno de una familia de origen vasco que gozaba del reconocimiento local y que, en posesión de derecho de corso, dirigía varias compañías comerciales. Había estudiado teología en Córdoba y Buenos Aires; se desempeñó como capellán del ejército español y, luego, del revolucionario. En 1816, fue nombrado director de la biblioteca de Montevideo y, tras la muerte de su padre en 1818, se trasladó a la Casa Quinta o chacra, donde vivió con su secretario, sus esclavos y las familias de sus hermanas, instalando allí su biblioteca, colecciones y papeles. Mientras la casa se convertía en una especie de museo, los jardines le servían de laboratorio para realizar observaciones meteorológicas y experimentos vegetales. Larrañaga, puede decirse, es un representante de las reformas borbónicas y las instrucciones del tardío siglo XVIII, que promovieron el interés por el estudio de las plantas, la fauna y el clima.⁷ (Fig. 2)

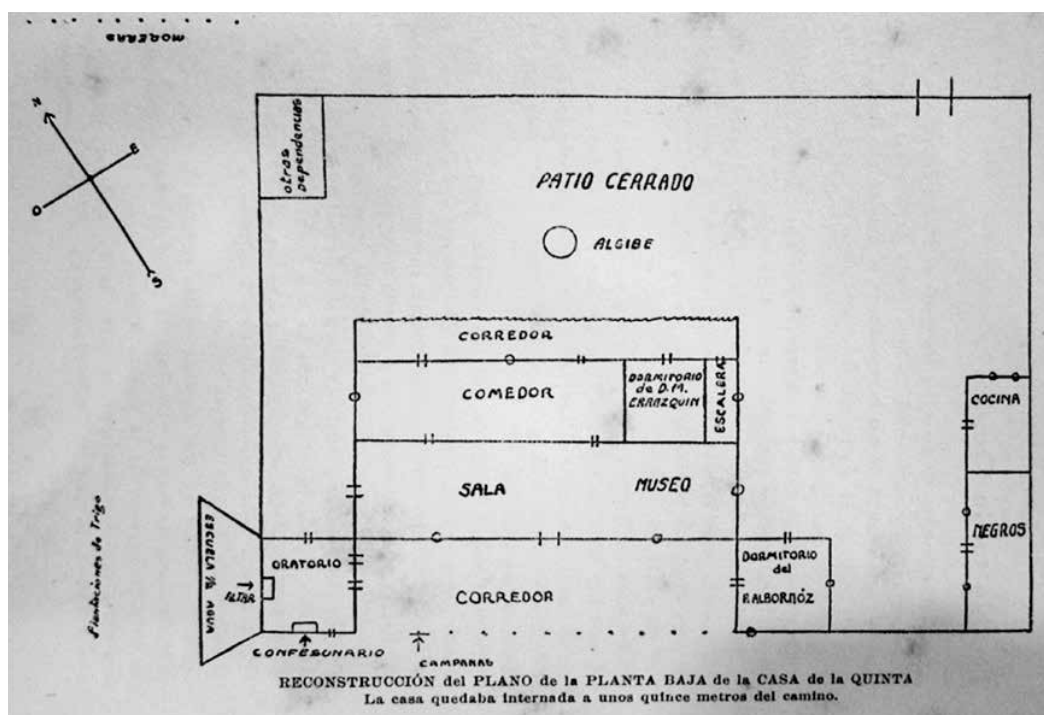


Fig. 2. Reconstrucción de la planta de la casa de Larrañaga. Fuente: Rafael Algorta Camusso, *El Padre Dámaso Antonio Larrañaga. Apuntes para su biografía* (Montevideo: Barreira y Ramos, 1922)

Desde 1824, Larrañaga fue vicario de Montevideo, otra circunstancia que le facilitó la recepción de datos y objetos ya sea personalmente o a través del correo, medio que usaba para el intercambio de objetos, dibujos, libros y periódicos. Gracias a ello, recibía las novedades de otros puntos del continente, pero también de Londres y París.⁸ Accedía, además, a los archivos de la burocracia colonial y a las bibliotecas de las órdenes religiosas que se habían disuelto hacia 1800. Era un estudioso del sistema linneano, interesado en los distintos métodos de clasificación. Junto con otros dos sacerdotes de Buenos Aires, Saturnino Segurola y Bartolomé Muñoz, diseñaron cuadros de clasificación de la naturaleza local. Llevó un diario de sus observaciones, comparó los nombres vernáculos, estudió las fuentes archivísticas y experimentó con los pigmentos para representar de manera adecuada los colores de la fauna y la flora del país, ya que se proponía revisar la obra del ingeniero militar Félix de Azara, topógrafo en la comisión de demarcación de la frontera hispano-portuguesa (1781-1801).

En julio de 1814, Larrañaga anotó en su diario: “Se han vuelto a encontrar huesos fósiles en las cercanías y, por las noticias que he recibido, son de la misma familia á que Cuvier llama *Megatherium*”, adjuntando extractos de distintas publicaciones referidos a la anatomía de este mamífero extinguido, cuyo esqueleto había sido hallado en 1787 cerca de Buenos Aires.⁹ Ese año, un monje había informado al Virrey del hallazgo, y antes de removerlo, un teniente del Real Cuerpo de Artillería se acercó para registrar las dimensiones, describir el emplazamiento y reproducir el número de articulaciones y piezas para que pudieran volver a colocarse en su sitio.¹⁰ Se lo montó en el Fuerte de la ciudad y, unos meses más tarde, llegaba a Madrid para ser presentado al público del Real Gabinete de la ciudad, que había girado instrucciones para encargar la recolección de animales, plantas y petrefactos en los dominios americanos. En este sentido, Larrañaga, Muñoz, Segurola, el monje de Luján y el Virrey encarnan algunos de los personajes activados por las instrucciones madrileñas, quienes, desaparecido el vínculo con la metrópolis, no abandonaron su interés en el estudio de la naturaleza ni su afán por hacer colecciones que ahora permanecían en el dominio privado o a la espera—parafraseando la feliz expresión de Jorge Gelman—de un Estado que las cobijara.¹¹

Georges Cuvier (1769-1832), el anatomista del Muséum de París, lo había llamado *Megatherium* debido a su enorme tamaño, considerando que este miembro de la familia de los perezosos (*Bradypus*) había desaparecido en una de las revoluciones del globo. Cuvier se basó en los grabados realizados por el preparador del Gabinete de Madrid, que algunos consideraron imperfectos y, como este espécimen era el único disponible, varios naturalistas llegaron a España para analizarlo.¹² Entre otros, el zoólogo del Báltico Christian Heinrich Pander (1794-1865) y el anatomista Eduard Joseph d’Alton (1812-1840),

quienes el 12 de julio de 1818 anotaban: “Llevamos aquí cuatro semanas, en las que nos ocupamos casi exclusivamente del Megaterio (un nombre que no es un nombre sino una descripción y que, por lo tanto, debería abolirse)”.¹³ Ambos publicarían *Osteología comparada*, 14 volúmenes, ilustrados con 110 grabados, que se iniciaba con el objeto más peculiar de su recorrido por las colecciones europeas: el “perezoso gigante” del Real Gabinete, al que rebautizaron como *Bradypus giganteus*, reconociendo su afinidad con el género.¹⁴ Añadían los esqueletos de los perezosos actuales, grabados que fueron adoptados por Cuvier en la reedición de su *Recherches sur les Ossements Fossiles* de 1823, quien, sin embargo, siguió llamándolo *Megatherium*. Paralelamente, la información que llegaba del Río de La Plata sugería que el animal podría haber sido una especie de *Dasybus* o armadillo, una idea originada en la casa de Larrañaga y difundida gracias a sus visitantes.

Desde 1808, Larrañaga y Muñoz se habían dedicado a estudiar los armadillos de la región. Muñoz envió una copia del dibujo de 1787 conservado en los archivos de Buenos Aires. En una carta fechada el 15 de septiembre de 1818—el mismo año del viaje de Pander y d’Alton a Madrid—, el botánico Aimé Bonpland (1773-1858), antiguo compañero de Alexander von Humboldt, se comunicaba con Larrañaga para sugerirle qué hacer con los huesos hallados en 1814. Bonpland, que se encontraba en Buenos Aires, no los había visto, pero había oído de ellos:

Monsieur Abadie me dijo, si entendí bien, que usted tendría huesos del gran esqueleto que se encontró en Luján y que yo vi en el museo de Madrid. Si realmente tiene esos huesos, debería conservarlos para el país. Podría hacer un dibujo a escala para enviar a Europa, donde estoy seguro que estarían muy agradecidos por el regalo. Cuvier es el único hombre que sabe al respecto y quizá sería conveniente enviar los dibujos a través del Ministro del Interior o directamente al *Muséum d’histoire naturelle*, pero en ambos casos acompañados de una carta a Cuvier.¹⁵

Aparentemente, esto nunca ocurrió, pero Bonpland informó del asunto. Larrañaga, por su parte, intentaba clasificarlos: entre sus manuscritos, figuran unos *Tableaux de la Nature*, donde colocó a *Megatherium* en dos familias diferentes: “*Megatherium colosalis*” (Cuvier) en la familia de los armadillos y “*Megatherium cataphractum*” en la de los perezosos,¹⁶ que nunca publicó, en parte por su creciente ceguera. Eso no impidió que sus ideas circularan gracias a sus visitantes; entre otros, los franceses Bonpland y el comandante del Urania, Louis Claude de Saulces de Freycinet (1779-1842) y varios ingleses, como el

comerciante de piedras preciosas John Mawe (1764-1829) y el almirante británico Philip Parker King (1791-1856). Los viajeros sugerían visitar la casa de Larrañaga, a la que solían llegar con las cartas de recomendación de su predecesor y salir con otras destinadas a los anfitriones subsiguientes y con nuevas ideas que transmitirían en otros círculos. Vista así, la casa de Larrañaga era un lugar donde los viajeros se cargaban de opiniones, un sitio donde se encontraban la anatomía comparada de Cuvier, las noticias de Europa, los documentos del archivo colonial, los sistemas de clasificación y el conocimiento de la fauna y flora local. Los huéspedes, enriquecidos, seguían viaje con las enseñanzas que allí habían adquirido.

Las cartas de recomendación reconstruyen esos nudos de encuentro. Así, Saint-Hilaire había conocido a Sellow a fines de 1819 en la Real Fábrica de Hierro de São João do Ipanema, en la sierra de Araçoiaba, un establecimiento fundado por el ingeniero de minas hessiano Ludwig Wilhelm von Eschwege (1777-1855).¹⁷ La casa del vicario en Montevideo y los Altos Hornos de Ipanema, de hecho, reunían a los naturalistas viajeros y, aunque sus conversaciones se han perdido, las cartas dan indicios de los temas: los caminos y los ríos, los lugares donde alojarse, las personas interesadas en la historia natural, los mapas, los nombres de los asistentes o informantes, de los barcos y de sus capitanes o incluso de los proveedores de caballos, mulas y otros medios de transporte. Saint-Hilaire, seguramente, le refirió a Sellow de las colecciones y los conocimientos del sacerdote de la Banda Oriental y, cuando regresó a Río, le envió cartas de recomendación dirigidas a sus conocidos en esas regiones.

Con ellas, Sellow desembarcó en Montevideo el 16 de noviembre de 1821. Cinco días después, se presentaba a Larrañaga, entregando la carta de Saint-Hilaire.¹⁸ En su diario, Sellow menciona la chacra y su jardín y que ambos se encontraban para pasear a orillas del río en excursiones geognósticas y botánicas. El 2 de diciembre de 1821, anotó: “El padre tiene la cola de un animal fósil de gran tamaño, acorazado como el *Dasytus*” y, a pie de la página, esbozó una roseta del escudo.¹⁹ Ese mismo día, sugirió que la cola podría pertenecer al famoso animal gigante de Buenos Aires, es decir, *Megatherium*: “Los restos de un animal colosal como el del Padre Laranhaga fueron encontrados cerca de Buenos Aires; además de la cola, el Padre posee un trozo de la coraza dorsal de un *Dasytus* fósil? encontrado cerca de Montevideo”,²⁰ usando un signo de interrogación para expresar sus dudas. (Fig. 3)

En el ínterin, en 1820, Larrañaga había enviado dos cartas a Saint-Hilaire, que, perdidas y reenviadas, fueron publicadas en junio de 1823 junto con una tercera sobre un tipo nuevo de maíz.²¹ En la primera, se discutía la clasificación de la nutria roedora o coipo (*Myocastor coypus*) que, según el padre, debía llamarse “*Potamys*” (del griego, rata de río), nombre citado por Frédéric Cu-

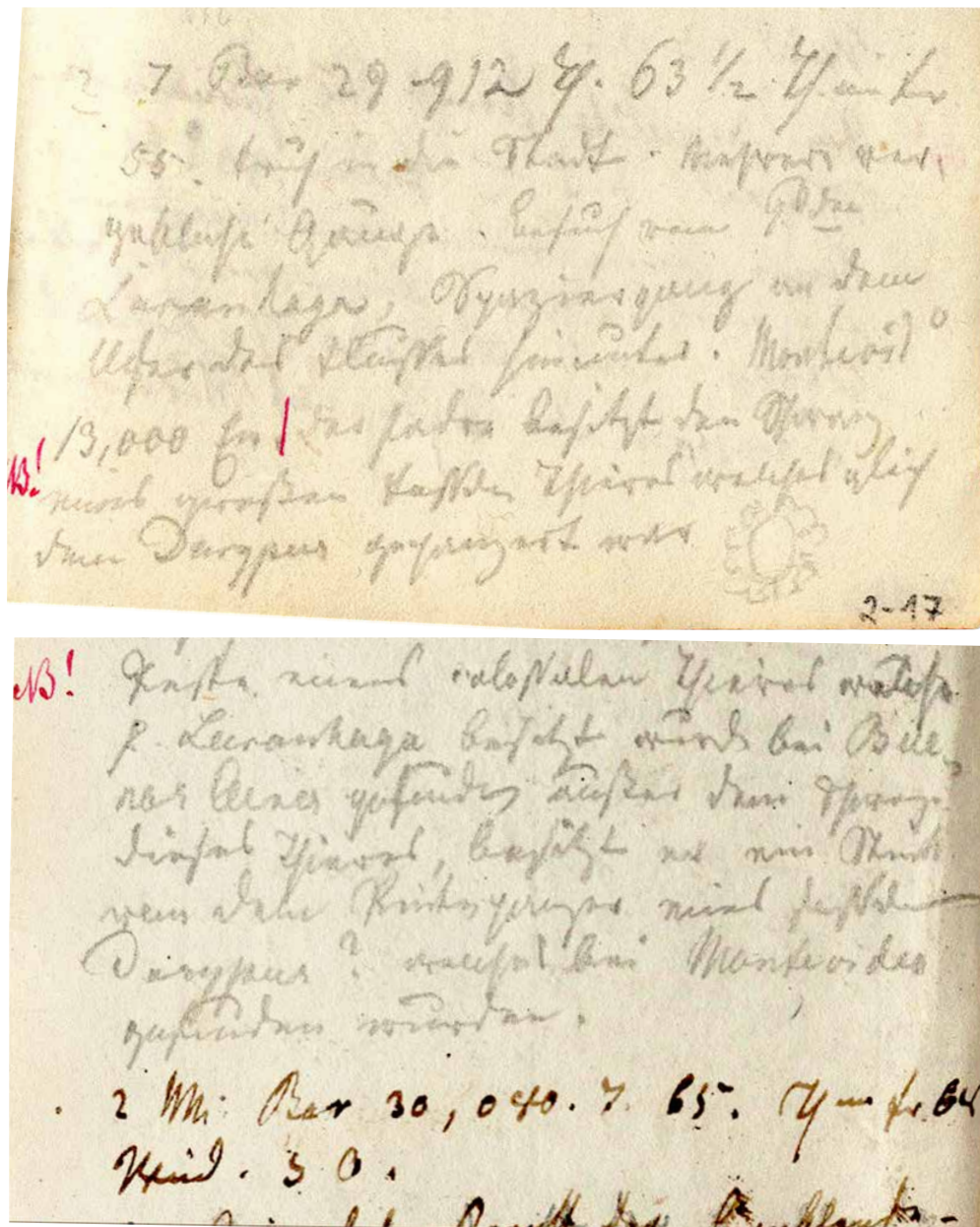


Fig. 3. Fragmento del Diario de Sellow con sus anotaciones sobre los materiales observados en la casa de Larrañaga (MfN-Berlin)

vier,²² hermano de Georges, quien esperaba las novedades sobre el megaterio anunciadas por Bonpland y Saint-Hilaire. Este último, en 1822, a su regreso de Brasil, le relató lo observado en Montevideo, reclamando al Padre: “He transmitido a nuestro docto Cuvier que usted me ha hecho el honor de informarme sobre el Tatú fósil. Como él se propone publicar una segunda edición de su libro, desearía que usted publicara algo sobre este interesante objeto y me ha pedido que se lo solicite en su nombre. En caso de que no esté dispuesto

a hacerlo, podría enviarme una simple nota de la que podrá sacar provecho citándola como es debido.”²³

En los *Ossemens Fossiles* de 1823, Cuvier, convencido por los grabados de D’Alton, confirmó las afinidades de *Megatherium* con los desdentados, mencionando que cuando había terminado el capítulo, recibió una esquila de Larrañaga cuyo extracto adjuntaba.²⁴ Larrañaga describía el hallazgo de otro fémur de características similares a las de un armadillo. Prometía enviar una placa de la coraza y algo de la cola corta, gruesa y con escudos en forma de anillos, restos procedentes del suelo aluvial y que, aparentemente, también aparecían en la frontera con Portugal.

Como buen conocedor de los armadillos, Larrañaga atribuyó los huesos a una especie extinguida del género *Dasypus*, al que se asemejaba. Para él, “su megaterio” no tenía el aspecto de un perezoso gigante, sino el de una criatura acorazada del tamaño de un buey. A pesar de sus promesas, la colección permaneció en la Banda Oriental. Sellow, por su lado, sabía de la importancia de esos huesos e, instruido por el Padre, salió en su búsqueda. Es probable que antes viera el croquis copiado por Muñoz y consultara las publicaciones francesas e inglesas de la biblioteca de Larrañaga y que, a la vista de ellos, discutieran sobre la naturaleza y afinidades de *Megatherium*.

Sellow permaneció en Montevideo casi todo 1822, partiendo en noviembre de ese año. Llegó a Porto Alegre, capital de la provincia de Rio Grande do Sul, a finales de mayo de 1823 y desde allí recorrió el sur de Brasil y la región fronteriza, realizando diversos trabajos para el gobernador José Fernandes Pinheiro, vizconde de São Leopoldo.²⁵ En la desembocadura del río Negro de la Banda Oriental, Sellow recibió un “tronco de palmera fosilizado” de manos de Francisco Néves, cirujano del batallón de cazadores. Néves lo había obtenido a través de la cadena de mando militar: un dragón lo había encontrado en el Queguay, afluente del río Uruguay, quien lo llevó al general del batallón y este, a Néves. El mineralogista Christian Samuel Weiss (1780-1856), quien se ocupó en Berlín de estos fósiles, expresó su desconcierto ante este objeto,²⁶ dudas que refuerzan su aspecto ambiguo. Sellow, sin embargo, supo que se trataba de la cola de un animal porque Larrañaga le había enseñado a reconocerla.

Sellow remontó el Queguay, dando con un amontonamiento de huesos en la estancia de Pedro Ansuátegui y que los gauchos utilizaban para hacer fuego. Sellow identificó entre ellos el fragmento de un fémur y algunas placas de la armadura.²⁷ Y, como en el resto del viaje, recopiló los nombres de las personas con las que se iba encontrando, además de los de las plantas, los minerales y los ríos, una rutina de los naturalistas viajeros que trazaba un itinerario que combinaba los elementos geográficos con los habitantes del lugar.

Sellow escuchó atentamente a los gauchos y a los soldados, sabiendo que ellos podrían señalar el paradero de las cosas en el campo: en muchas estancias, el capataz hacía recoger los huesos de los animales muertos por razones de higiene y los gauchos debían comunicarle los resultados de sus recorridos. De hecho, lo observado en el Queguay era común en las pampas argentinas, donde los gauchos quemaban o utilizaban los huesos de los fósiles para armar el fogón.²⁸

Sin embargo, esta cadena de información no siempre transmitía de manera fidedigna. En 1826, Sellow partió de Porto Alegre en un segundo viaje hasta el río Uruguay para rastrear el supuesto descubrimiento de dos esqueletos gigantes en el río Arapey.²⁹ El gobernador de la provincia dio instrucciones para su remoción, pero al llegar, Sellow encontró una situación diferente. Por un lado, consultó con

Beraldo, el dueño del campo, donde se suponía que yacía el esqueleto fosilizado de 40 palmos de largo [...]. Le pregunté por el objeto motivo de mi viaje pero me quedé estupefacto al oír que nunca había visto ese esqueleto, sino que había oído hablar de él, suponiendo que ya sobreviviría poco. Era el mismo Beraldo que, recientemente, había reportado que un carro grande no alcanzaría para transportar los huesos.³⁰

Pero resultó que Beraldo había recibido la noticia a través de su capataz, en esos días ausente, y que el descubridor de este esqueleto había sido un tal Juan José Sorio, yerno de Felipe Larcao, paraguayo residente en Arapey. Lo había encontrado hacía unos 15 años, pero nadie le había prestado atención. En 1823, fue redescubierto por Larcao y sus hijos, quien le dijo a Sellow que la cosa no tenía interés y “parecía como hum caxon”.³¹ A sus niños, en cambio, le pareció un juguete extraordinario y se divirtieron destrozándolo. Se llevaron a casa la tibia o canilla, que habían extraviado. El hijo mayor tenía 5 años: nada recordaba. Sorio, por su parte, estaba prófugo porque participaba en los levantamientos contra los brasileños, por lo que Sellow no consiguió más información. A la mañana siguiente partió hacia el yacimiento para constatar que se trataba de una exageración:

no era un esqueleto de 40 palmos de largo, como se había dado a entender, sino un fragmento del caparazón del animal extinguido de 2’ de largo y 10” de alto, similar al que había visto donde Laranhaga en Montevideo y del que Nèves en Mercedes me había dado un trozo de la cola y similar a ese y presumiblemente perteneciente al mismo género, del que había encontrado algunos fragmentos en la estancia de Don Pedrito en el Queguay.³²

A pesar de la decepción inicial, los fragmentos del Arapey, junto con las demás piezas, permitieron reconstruir un animal:

Afortunadamente, esta pieza estaba enterrada en su mayor parte. Se veía claramente que el animal había estado tendido de lado, longitudinalmente de sur a norte, casi en dirección al río en este punto, con la espalda vuelta hacia él. Al norte, cerca de este fragmento, yacía parte de la mano, al sur parte del pie izquierdo. Faltaban pequeños huesos tanto del pie como de la mano [...], que ya habían sido arrastrados por la corriente, pues estaban parcialmente expuestos. Se excavó cuidadosamente y se buscó en el lecho del río, donde se encontraron varios fragmentos del caparazón [...]. Partes de la cabeza, dientes no pude descubrir en ninguna parte.³³

La misión estaba terminada y aunque el animal seguía siendo un rompecabezas, Sellow se convenció de la idea de Larrañaga, es decir, de la existencia en el pasado de un armadillo gigante, ahora extinguido. Desde Alegrette, despachó dos cartas y varios cajones. Una acompañaba las cuatro cajas enviadas al museo de Río de Janeiro, una de las cuales, la número 9, contenía los restos del fósil acorazado, la primera colección de fósiles del museo de la capital del imperio portugués.³⁴ En la carta, fechada el 18 de abril de 1826, Sellow sugería que los restos pertenecían a la misma “creación” que los “monumentos más notables” de la caliza terciaria de la cuenca de París, los elefantes y rinocerontes descubiertos en Alemania y Siberia, el mamut de Ohio y el megaterio del Río de la Plata.³⁵ De este modo, comparaba la colección hecha para de Río de Janeiro con las más importantes del mundo y aunque el animal de Arapey carecía de nombre, sugería que la mano o pie pertenecía a un mamífero extinguido cuyas patas delanteras eran herramientas de excavación, similares a las de los armadillos del presente.

No hay ninguna referencia al modo de vida del animal en la carta escrita el mismo día al subdirector de la colección zoológica de Berlín, el entomólogo Johann Friedrich Klug (1775-1856), donde, sobre todo, se describen las condiciones del viaje y que “este animal es un tatú colosal”. En su carta a Klug, Sellow también señaló el papel de los dibujos que podían reemplazar a la cosa en sí: “Como estos restos han sido solicitados por el gobierno local, he hecho bocetos de todos los huesos y de las piezas más curiosas de la armadura tan fielmente como he podido, que enviaré próximamente junto con algunos objetos naturales. Aunque mis expectativas no se han visto satisfechas, me alegro de haber puesto a salvo estos restos, que probablemente pronto se habrían perdido para siempre”.³⁶

Los fósiles de Sellow y su inventario, por alguna razón, acabaron en la Colección de Petrefactos de Berlín. Fueron estudiadas en 1827 por Christian Samuel Weiss y grabadas por Eduard d'Alton, quien describió los huesos del pie para demostrar que pertenecían al mismo animal cuya armadura habían estudiado Sellow y Larrañaga.³⁷

Del otro lado del mar, las noticias del Arapey siguieron circulando por Sudamérica. A principios de 1830, durante un encuentro con Bonpland en São Borja, el diplomático francés Arsène Isabelle (1806-1888) conoció al teniente portugués Gómez, antiguo capataz de Beraldo, quien le transmitió la noticia del hallazgo del Arapey. Isabelle, que también había conocido a Sellow, afirma que éste etiquetó al animal como *Ichtyosaurus platensis*, quizás un resultado de la fantasía del primero.³⁸ Bonpland, el 10 de junio de 1832 informaba a Humboldt que Sellow había descubierto otros restos del megaterio, “que aquí se considera un armadillo (*dasypus*)”.³⁹ Ignoraba que Sellow se había ahogado en el río Doce a fines de 1831. Humboldt, que seguía su carrera desde su encuentro en 1811, hizo imprimir la carta de Bonpland para anunciar la muerte del viajero—aunque no de los huesos ni de las ideas procedentes de la chacra de Larrañaga que marcaron los debates de esa década y que finalizaría en 1839, cuando el anatomista inglés Richard Owen (1804-1892) resolvería el asunto mediante la creación del género *Glyptodon*, el dueño de la famosa coraza y de la cola con forma de tronco de palmera.⁴⁰

Encuentros en Carnac: Bretaña y sus megalitos

Quizás parezca sorprendente que este artículo continúe en un pueblo de Bretaña, en el oeste de Francia. Pero, en efecto, nuestro objetivo es mostrar que las lógicas de los contextos “exóticos”, coloniales e imperiales, pueden ser válidas para el análisis de los espacios europeos aislados de las grandes metrópolis, donde los contrastes sociales y culturales entre los visitantes, la naturaleza y las poblaciones autóctonas son igual de marcados. Sostenemos que los conceptos desarrollados en el marco de la historia global de la ciencia, como el de “site of encounter” o “contact zone”,⁴¹ también pueden aplicarse a espacios geográficamente cercanos a las capitales occidentales, los centros académicos por antonomasia.

Por ello, esta sección está dedicada a dos hoteles cercanos al sitio de Carnac, famoso por sus monumentos megalíticos y, en particular, por las alineaciones de menhires mencionadas en fuentes que se remontan a la Edad Media y que, desde el siglo XVIII, fueron el objeto de debate en los círculos de anticuarios, sobre todo en lo que respecta a su datación y significado.⁴² Así, mientras, algunos los

atribuían a los galos contemporáneos a la conquista romana, otros los situaban en un pasado mucho más antiguo. Ciertos estudiosos los veían como altares de una religión “celta” olvidada, donde se habrían realizado sacrificios humanos, pero, en la primera mitad del siglo XIX, gracias a las excavaciones promovidas por la Société polymathique du Morbihan, sociedad erudita establecida en Vannes en 1826, se concluyó que los dólmenes eran lugares de enterramiento. El significado de los menhires y de las alineaciones, sin embargo, sigue siendo una incógnita y otro motivo de atracción para los eruditos y los artistas.

En la segunda mitad del siglo XIX, Carnac se transformó en un hito para los interesados en el nuevo campo de la prehistoria,⁴³ cuya emergencia coincide con el auge del turismo como fenómeno económico y cultural. A la curiosidad por los monumentos se une el interés por las poblaciones locales, sus costumbres, creencias y lengua (el bretón), que los convierte en testigos de un pasado lejano, quizá tan antiguo como los megalitos. Para muchos, la comparación etnográfica para interpretar los restos prehistóricos se hace evidente. Como es sabido, este método, utilizado desde el siglo XVIII, en su vertiente exótica equipara al hombre prehistórico “primitivo”, con los pueblos no europeos, los “salvajes”, pero también tiene su vertiente nacional o folclorista, que los miembros de la Academia Celta, precursora de la Société des antiquaires de France, promovieron a principios del siglo XIX.⁴⁴ Estas ideas están presentes en los visitantes de Carnac, como se ve en las expresiones del naturalista estadounidense Alpheus Spring Packard (1839-1905):

On the remote coast of Morbihan, however, where the land is comparatively sterile and treeless, and the population is sparse, not only have the monuments been tolerably well preserved, but the Bretons themselves, perhaps speaking a language derived from their pre-Celtic ancestors of the later stone and early bronze age, have preserved in a degree the probable features, the folklore, and some of the customs of the times when these monuments were erected.⁴⁵

Hasta 1900, quien deseara visitar los monumentos, informarse sobre su significado, realizar excavaciones y recoger algunos objetos se enfrentaba con numerosas dificultades. Carnac es un pueblo relativamente aislado, a más de 30 kilómetros de Vannes, el centro administrativo y religioso del departamento. La cantidad considerable de megalitos y su distribución en una zona bastante extensa impide que se los pueda visitar en un día, requiriendo una estadía más larga. Sin embargo, en Carnac, los arqueólogos carecían de las facilidades a las que estaban acostumbrados en otras ciudades de Europa. En este pueblo

no existía ninguna sociedad erudita que reuniera a los estudiosos locales: la más activa era la Société polymathique du Morbihan, que, como dijimos, se encontraba en Vannes, muy lejos de Carnac. A través de ella, los visitantes podían conocer a los especialistas en los yacimientos, como el doctor Gustave de Closmadeuc, uno de los arqueólogos locales más reputados de la segunda mitad del siglo XIX. Asimismo, podían observar las colecciones y familiarizarse con los objetos de Carnac, ya que la Société polymathique disponía de un museo.⁴⁶ En Carnac tampoco vivía ningún gran coleccionista—análogo a un Larrañaga o a los coleccionistas de las ciudades andinas—a cuyos conocimientos pudieran apelar los visitantes.⁴⁷ Ni un conde Michel Louis François Marie Chanu de Limur (1817-1901), miembro de la Société polymathique du Morbihan y de la Société géologique de France, quien en su mansión de Vannes poseía una colección mineralógica de renombre internacional. Tampoco un Paul du Chatellier (1833-1911), quien reunió una colección arqueológica en su castillo de Kernuz, en Finistère. Esa ausencia hizo que los visitantes acudieran a otros espacios de socialización para entrar en contacto con quienes conocían los vestigios y podían guiarles localmente: los hoteles, que desempeñaron un papel central al proveer alojamiento, los únicos disponibles y, además, de renombre.⁴⁸

Poco se sabe sobre el papel de los hoteles como lugares de encuentro y reunión de los estudiosos (ver García en este número), a pesar de que otros autores han destacado los vínculos entre el desarrollo de la arqueología y el turismo⁴⁹ y que existen varios ejemplos en la historia de la disciplina, como el hotel Cro-Magnon, situado en Les Eyzies-de-Tayac, en el suroeste de Francia, cerca de los yacimientos de esta meca de la arqueología prehistórica de inicios del siglo XX. Este hotel fue adquirido por Otto Hauser (1874-1932), arqueólogo y comerciante de objetos prehistóricos, quien lo utilizó como base para sus actividades académicas y comerciales.⁵⁰ Otro caso es el de Ferdinand Pagnon (1848-1909), agente de Thomas Cook, constructor de hoteles en las ruinas de Luxor y Karnac, un coleccionista de antigüedades y “broker” de la egiptología.⁵¹

En parte por el aislamiento del entorno, los alojamientos existentes en Carnac se transformaron en el lugar de encuentro de los turistas, pintores y arqueólogos con la población local, con la cual era necesario negociar para acceder a los monumentos. Las guías turísticas remarcaban que allí se obtenía la información necesaria para recorrer el paraje. La guía para visitar Bretaña del artista británico Henry Blackburn (1830-1897), por ejemplo, menciona que en el Hôtel des Voyageurs de Carnac “a sumptuous breakfast is prepared in summer for visitors; and here assemble, at midday, the more prosperous part of the community, including *priests of antiquarian taste*, small farmers, traders in fish, travelling merchants, carriage drivers, and others”.⁵² (Fig. 4)



Fig. 4. El Hôtel des Voyageurs en Carnac, tarjeta postal, @ colección particular de la autora

En este hotel, manejado por la viuda Lautram siempre vestida con el traje bretón, se alojó, entre otros, el anticuario escocés James Miln (1819-1881), un diletante adinerado, cuyo itinerario biográfico revela la importancia del hotel como un lugar de formación en la arqueología regional. Miln llegó a Bretaña por primera vez en 1873. Era el heredero de un terrateniente escocés, uno de los primeros fotógrafos victorianos, la personificación del caballero diletante que, interesado por la óptica y la astronomía, dominaba el arte de la acuarela, viajaba dibujando paisajes y monumentos, recogiendo información oral y visual sobre el folclore local.⁵³

Las fuentes nada dicen que se haya dedicado a la arqueología antes de este viaje. Miembro de la Sociedad de Anticuarios de Escocia, nunca publicó en sus actas y todo indica que se convirtió en arqueólogo de campo con su primera excavación en Carnac en 1874. A partir de esta fecha y hasta su muerte, pasaba parte del año en el sitio, dedicándole su tiempo y sus medios financieros, reuniendo una colección y publicando los resultados de sus trabajos. Los archivos del Museo de Carnac y de Vannes, sus diarios y planos de excavación, así como sus cartas, demuestran la rigurosidad de los mismos.⁵⁴

En Carnac, Miln adquirió y desarrolló sus métodos de trabajo que, como era habitual entre los arqueólogos aficionados de la época, resultaban de dos tipos de experiencia. En primer lugar, Miln, que había servido en la Guerra

de China de 1842, residiendo en India, China y Nueva Zelanda, transpuso los conocimientos técnicos adquiridos durante su formación militar, sobre todo en topografía y elaboración de planos.⁵⁵ La segunda: los intercambios con otros anticuarios, como el contraalmirante Francisco Saugro Tremlett (1815-1897) de Tunbridge Wells, quien, habiendo hecho una carrera en la marina británica en posiciones sud-americanas, el Índico y el Pacífico, desde su regreso se había interesado en los monumentos de piedra de Bretaña e Inglaterra, pasando parte del verano en Francia. Tremlett adquirió cierta autoridad en el estudio de los megalitos franceses, informando al Royal Anthropological Institute, publicando en su revista y en las de otras asociaciones. El contralmirante era uno de los guías que recibía a los excursionistas ingleses que recorrían la región, como la visita realizada por los socios del Instituto de Arqueología londinense en 1887.⁵⁶

El *Hôtel des Voyageurs*, por otra parte, facilitaría el encuentro de Miln con otros arqueólogos experimentados: en 1873, conoció a Henri Raison du Cleuziou (1833-1896), historiador y artista encargado por el gobierno francés para estudiar los megalitos. Cleuziou tenía un conocimiento global del yacimiento y le señaló a Miln una serie de pequeños montículos que el escocés excavó en 1874, descubriendo una villa galo-romana.⁵⁷ Como sugiere Henry Blackburn, en el hotel, Miln se reunió con otros arqueólogos locales, como el médico Alexandre Gressy (1831-1885), miembro de la *Société Polymathique du Morbihan* y futuro alcalde del pueblo, quien le indicó otros puntos a excavar.⁵⁸ Estos contactos facilitados por el hotel probablemente le ayudaron a contratar a Louis Cappé (1840-1886), un trabajador local a cargo de la supervisión de sus excavaciones.⁵⁹

Miln se convirtió en un arqueólogo experto en el estudio de los megalitos, guardando los resultados de sus excavaciones en el *Hôtel des Voyageurs*, donde los huéspedes podían ver su colección que, a su muerte en 1881, se donó al municipio de Carnac. Su hermano financió la construcción de un museo inaugurado en 1882, la fuente principal de información para los amantes de la arqueología que, hasta 1914, tenía un promedio de 1.500 visitantes anuales.⁶⁰ Las excavaciones y estancias de Miln en Carnac formaron a otras personas de la zona en sus métodos de recolección y excavación. Cappé, por ejemplo, se convirtió en un experto en la restauración de cerámica. Dibujó láminas para Miln e hizo maquetas de los yacimientos excavados por su jefe y, tras la muerte de este, supervisó otros trabajos emprendidos en la zona. En el hotel, Miln conoció a Zacharie Le Rouzic (1864-1939), el hijo de un trapero, quien se integró como changarín del equipo de dibujo de Miln antes de ayudar en las excavaciones. Cuando se inauguró el Museo Miln en Carnac, Le Rouzic se convirtió en su guardián. Sin otra formación que la escuela primaria, empezó a ser reconocido como experto en su campo y obtuvo cierto renombre en el circuito de estudiosos de los monumentos de Bretaña. A partir de 1900 el Estado francés le

confió la responsabilidad de varias excavaciones y restauraciones y, en 1910, fue nombrado conservador del Museo, incrementando sus existencias gracias a sus investigaciones, publicaciones y legado. Entre 1911 y 1938, consiguió que varios megalitos fueran declarados monumentos históricos.⁶¹ La carrera de Le Rouzic se debe enteramente a su encuentro con Miln y, como Cappé, se ocupó de las colecciones, excavó y construyó maquetas. De Miln aprendió otro método para recopilar datos arqueológicos: la fotografía, que para la época era bastante novedoso.

Por su parte, en 1893, el contraalmirante Tremlett, unos años antes de morir, donaría a la British Archaeological Association su gran colección de calcos y dibujos de objetos y yacimientos prehistóricos de Bretaña. La donación de dibujos a escala de una serie de edificios prehistóricos y otros edificios antiguos de la Galia occidental fue expuesta parcialmente el 5 de abril de ese año, suscitando gran interés entre los socios, satisfechos por la entrega de los dibujos del Almirante. Al salir de Carnac, estos objetos contribuyeron a que los megalitos bretones se integraran a la prehistoria universal, tal como se presentaba en las instituciones del mundo occidental desde fines del siglo XIX.

Tremlett también colaboró con el propietario del Hôtel du Commerce de Plouharnel, situado a pocos kilómetros de Carnac, en la carretera principal que une Auray con Quiberon y da acceso a la región. Esta segunda opción para los visitantes se menciona en todas las guías de viaje, dado que a partir de 1882 el ferrocarril llegó a Plouharnel. Félix Gaillard (1832-1890), su propietario, se dedicaba a la arqueología y tenía un perfil distinto al de Madame Lautram. Por ello, los visitantes que acudían a su establecimiento, sabían que allí los esperaba una persona que podía guiarlos y explicarles los monumentos: Gaillard encaja perfectamente en el concepto de “broker” o “intermediario del conocimiento”, elaborado por los historiadores de la ciencia para zonas más exóticas.⁶² El Hôtel du Commerce, de hecho, es un ejemplo paradigmático de un desarrollo científico combinado con una empresa turística-comercial en la cual el conocimiento arqueológico ayuda a promover la zona y genera mercancías asociadas.

Gaillard se había casado con la hija del antiguo propietario del hotel, que ya albergaba una colección donde se mostraban los objetos de oro que su suegro, en la década de 1840, había hallado en el dolmen de Rondosse. Lejos de un buscador de tesoros, se trataba de un aficionado a la arqueología que realizó numerosas excavaciones en la región, sobre todo en el enterramiento de Port-Blanc, cerca de Saint-Pierre-de-Quiberon,⁶³ que enriquecieron la colección del hotel, dispuesta en una sala conocida como “el museo de Plouharnel” o el museo del “Hôtel du Commerce” (Fig. 5).



Fig. 5. Plouharnel, la colección del Hôtel du Commerce. Esta fotografía, fechada en 1875, es la única encontrada hasta la fecha. Archivo del Musée d'archéologie nationale, Saint-Germain-en-Laye.

Esta colección fue desmembrada y subastada en 1891. Sin embargo, las cartas enviadas al Musée des antiquités nationales de Saint-Germain-en-Laye en el contexto de su venta dan una idea de su riqueza. Contenía varios objetos considerados muy valiosos, como una torques de oro de Rondosse, pendientes en jadeíta y material descubierto en varios dólmenes de los alrededores.⁶⁴ Gaillard estimaba su valor en unos 10.000 francos, una cifra considerable para las colecciones ofrecidas en esos años. Quienes la visitaron describen una exposición con vitrinas, muy original para la época, sobre todo por la reconstrucción de las tumbas de la Edad de Piedra en el centro de la sala. Así:

Part of the hotel is devoted to a very rich local museum, crowded with stone implements, ornaments and ornaments in bronze and gold, pottery, including funeral lamps with holes for the wick, and three graves removed with their contents from Quiberon, the

whole illustrated by stone implements from North America and New Caledonia, with objects from the Swiss palafittes, or pile dwellings.⁶⁵

Gaillard era miembro corresponsal de la Société d'anthropologie de Paris y de la Société polymathique du Morbihan, por lo que estaba en relación con los antropólogos y prehistoriadores del resto de Francia, a quienes, cuando el terreno fue adquirido por el Estado, se encargó de informar sobre los megalitos y su restauración.⁶⁶ Asimismo, elaboró folletos, mapas, fotografías y dibujos que se exponían en el hotel, donde podían comprarse.⁶⁷

A Gaillard, como relatan algunos viajeros, también se llegaba por carta de recomendación, como fue el caso del profesor estadounidense Alpheus Spring Packard, quien visitó Carnac con una esquila escrita por Paul Topinard (1830-1911) de la Sociedad de Antropología de París. Conocedor en detalle de los megalitos, compartía sus conocimientos con los huéspedes, vendiéndoles excursiones y explicándoles sus interpretaciones: Gaillard fue uno de los primeros en desarrollar una interpretación astronómica del sitio, basada en una cartografía de las alineaciones que el hotelero demostraba cómo funcionaba in situ.⁶⁸ Packard relata:

Now our friend and guide took the greatest interest and satisfaction in placing his compass on one of the middle stones of the cromlech at St. Pierre and demonstrated to us that the line of 50° (it varies from 45° to 50° in different groups of alignments) intersects the single menhir. M. Gaillard has been here as well as at the other alignments, at sunrise on the morning of the longest day in the year, the 21st of June, and has placed his compass on this menhir and at the moment the sun appeared above the horizon, the odd or single unaligned menhir was seen to be in line with the median stone in the cromlech and with the sun. It is therefore inferred, and very naturally, that the designers and builders planted these stones in accordance with a fixed plan, and that the enclosure must have been the scene of some ceremony at the time of the summer solstice. And this confirms the idea insisted on by archæologists, among them MM. Cartailhac and Gaillard, that the groups of standing pillars were planted after a common design and nearly at the same epoch, and that the people who erected them were possibly worshippers of the sun, having brought with them from the far East, their original home, the cult so characteristic of Eastern races.⁶⁹

Como diría Packard, Gaillard era “guía, filósofo y amigo” y nada hubiesen podido ver u observar sin su conocimiento de los monumentos y de los objetos.⁷⁰ Así, el hotelero se volvió un intermediario indispensable: vendía alojamiento y comida pero también conocimientos de primera mano e interpretaciones que daban sentido a estos restos misteriosos. Las excursiones que organizó para sus huéspedes, los mapas y guías que redacta y comercializa, al igual que las guías de viaje escritas por estos arqueólogos aficionados, forman parte de su oficio.⁷¹

La estancia en estos lugares, la pericia de los propietarios y las colecciones que estos hicieron y estudiaron, transformaron a los hoteles en una parada obligatoria pero también en centros de trabajo donde el círculo de anticuarios y arqueólogos se reunía y aprendía a mirar. Gaillard, entre otras cosas, señalaba dónde detenerse para obtener una vista particular de los alineamientos y cuáles eran dignos de ver o de figurar en la colección de un aficionado, estableciendo una jerarquía que, a falta de criterios estéticos preestablecidos, privilegiaba el tamaño y la forma, la finura del material y la calidad del pulido, los escasos objetos de oro, las piezas en jadeíta y las hachas celtas.⁷²

Consideraciones finales

La quinta de Larrañaga, los hoteles en Carnac o los hornos de Ipanema en distintos momentos del siglo XIX se fueron constituyendo en lugares de visita obligatoria para los naturalistas viajeros que recorrían el cono sur americano o la Bretaña francesa. Allí se encontraban, se alojaban o se sucedían, sabiendo qué les esperaba y a quién debían visitar. Estas referencias no solo consolidaron un itinerario que las conectaba—es decir, la infraestructura o dimensión espacial del viaje—, sino que, además, ayudaron a crear nuevas profesiones al activar el interés de los locales. Así, algunos de los sitios paleontológicos del río Negro (Uruguay) mencionados por Sellow, serán visitados una y otra vez por los viajeros naturalistas del siglo XIX.⁷³ O como se ve en el caso de Carnac, la “mano de obra local” es la que se especializa en el estudio y extracción de los objetos arqueológicos.⁷⁴

Las referencias a estos lugares en la correspondencia y en los diarios de viaje (publicados o inéditos pero leídos por los comitentes) consolidan la entidad de estos centros de conocimiento como relevos donde los objetos se cargan de significado y continúan su viaje en los morrales o en los cuadernos de notas. En este sentido, estos espacios inesperados pueden definirse como parte de la infraestructura que soporta el viaje y el trabajo de campo a la vez que canaliza el flujo de información, un tema caro al debate contemporáneo que, sin embargo, tiende a asociar los “centros de cálculo” con los espacios metropolitanos y

capitalinos.⁷⁵ En nuestro caso, los centros en los que se procesa información a partir del encuentro entre colecciones, información y personajes de tradiciones y formaciones diversas, aparecen de manera independiente a las iniciativas del gobierno o de la administración y en sitios marginales a la institucionalización de las disciplinas científicas. Estos centros, como hemos analizado, están ligados a las biografías de determinados personajes, pueden desaparecer con ellos, integrarse a otras colecciones privadas o, como vimos, ser la base de instituciones o museos que, con otra forma y en otro sitio, sobreviven hasta el día de hoy.

Los historiadores de la ciencia tienden a describir el proceso de normalización y formación científica como vinculado a las instituciones académicas, a la enseñanza sistematizada, a la presencia de una biblioteca más o menos permanente. En este trabajo, por el contrario, quisimos mostrar que esto pudo ocurrir en entornos muy diversos. Friedrich Sellow, botánico y jardinero, vio en casa de Larrañaga los manuscritos de la época colonial, las publicaciones francesas e inglesas y los fragmentos de un animal desconocido que el segundo, como estudioso de la naturaleza local, atribuyó a *Megatherium*, un objeto que, por otro lado, la mayoría de los naturalistas solo conocía por láminas y lecturas. Sin colecciones de referencia ni bibliotecas institucionales a las que acudir—como las de París o Londres—, Larrañaga suplía esa ausencia invirtiendo su dinero en la compra de libros pero también fomentó la fundación de una biblioteca para el país. Sellow, sin embargo, fue de los primeros extranjeros en aprender a ver un fragmento de un animal desconocido en Europa, por lo que uno podría pensar que el centro de la anatomía comparada de los mamíferos fósiles sudamericanos no está fijo sino que va basculando según el momento. Así como Sellow, gracias a sus conversaciones con el padre, aprendió a identificar esos fragmentos que, en otros contextos, se percibían como palmeras petrificadas, el hotelero Gaillard, por su parte, guiaba la mirada de los anticuarios y antropólogos que llegaban a estudiar “sus sitios”. Y aquí aparece otro aspecto relacionado con estos personajes que dominan el conocimiento del lugar: el lugar y los objetos que estudian están ligados a ellos, a su presencia y, si a su muerte no pasan a un discípulo—como es el caso de Miln-Le Rouzic—, ese centro situado en ese lugar inesperado desaparece con ellos o se traspasa a otra colección. Ahora bien, a este carácter transitorio de estos centros en lugares inesperados hay que verlo en escala, ya que sobrevivieron dos o tres décadas, mucho más de lo que algunos de los centros de procesamiento de datos del tardío siglo XX.⁷⁶

En estos lugares inesperados tuvieron lugar innumerables transacciones, algunas simbólicas, otras mercantiles. Los objetos, los papeles, las imágenes y los libros podían donarse, intercambiarse, prestarse. Larrañaga, es cierto, no vendió ninguna de sus piezas, pero sí acumulaba regalos de sus feligreses, compraba libros y revistas, llevaba registros, copiaba manuscritos, hacía e intercambiaba

dibujos. Y quizás haya pagado por algunas de las piezas recibidas. Miln, Packard y Larrañaga disponían de ingresos personales que le permitieron mantener su actividad científica; otros, como Le Rouzic o el mismo Sellow tuvieron que combinar su interés por la ciencia con la preocupación por ganarse la vida. Ciencia y economía, de hecho, se fusionan en diversas proporciones, dependiendo de las situaciones individuales. Tal fue el caso de Gaillard cuya colección tenía un objetivo científico, desempeñando un papel importante en la circulación de información arqueológica pero también tenía una función comercial, ya que se utilizaba para promocionar el hotel que administraba.

No queremos cerrar este trabajo sin destacar que esta reunión de una quinta montevideana con dos hoteles bretones emerge de una colaboración intelectual que cruza fronteras y disciplinas y que, como se ha expresado en otro lugar, cuestiona la reclusión geográfica de los llamados estudios latinoamericanos en lo que respecta a la historia del conocimiento.⁷⁷ A fin de cuentas, la gente colecciona cosas, pero las colecciones unen a la gente. La investigación de los distintos entornos donde se hacen y acumulan colecciones sugiere la importancia de prestar atención a estas localidades específicas donde se conversa y ocurren intercambios cuyas huellas han quedado grabadas en las fuentes. Finalmente, estos lugares, lejos de tratarse de espacios anclados en lo local, son el resultado de fenómenos muy complejos moldeados por múltiples factores globales. Lejos de sostener, como en el siglo XIX, que en la provincia se refugian momentos previos o prístinos de la historia, pretendemos mostrar que se trata de dinámicas siempre situadas en el presente. La historiografía del siglo XX, ha insistido en el tópico del aislamiento de estos espacios y personajes, una caracterización que, como vimos, se disuelve en una red de intercambios y personas. Así, los enfoques microhistóricos como los que aquí proponemos, podrían ayudar a conceptualizar nuevas formas de escribir la historia mucho más allá de las metrópolis o, dicho de otro modo, pensando que las geografías del conocimiento se mueven y se inventan con la misma lógica que surgieron los rumores sobre el tamaño del esqueleto del Arapey.

Notes

1. Marie-Noëlle Bourguet, “La collecte du monde: voyage et histoire naturelle (fin XVIIIe siècle-début XIXe siècle)”, en C. Blanckaert et al. (eds.), *Le Muséum au premier siècle de son histoire* (Paris: Muséum National d’Histoire Naturelle, 1997), pp. 163-196; Wolfgang Schäffner, “Die Verwaltung der Endlichkeit. Zur Geburt des neuzeitlichen Romans in Spanien,” en Goebel E. y M. Koppenfels (eds.), *Die Endlichkeit der Literatur* (Berlin: Akademie, 2002), pp. 1-12; Arndt Brendecke, *Imperium und Empirie. Funktionen des Wissens in der Spanischen Kolonialherrschaft* (Colonia: Böhlau, 2009); Guillaume

- Gaudin, *Penser et gouverner le nouveau monde au XVIIIe siècle. L'empire de papier de Juan Díez de la Calle, commis du Conseil des Indes* (Paris: L'Harmattan, 2013); Justin Stagl, *Apodemiken: eine räsonnierte Bibliographie der reisetheoretischen Literatur des 16., 17. und 18. Jahrhunderts* (Paderborn: Schöningh, 1983); S. Collini y A. Vannoni, *Les Instructions scientifiques pour les voyageurs, XVII-XIXe siècle* (Paris: L'Harmattan, 2005).
2. Claude Blanckaert, *Le Terrain des sciences humaines: instructions et enquêtes, XVIIIe-XXe siècle*, (Paris: L'Harmattan, 1996); Robert Kohler, "Finders, Keepers: Collecting Sciences and Collecting Practice", *History of Science*, 4 (2007), pp. 428-431; Bruno Strasser, "Collecting Nature: Practices, Styles, and Narratives", *Osiris*, 1 (2012), p. 303-340, esp. 316; Dominique Juhe-Beaulaton y Vincent Leblan (eds.), *Le Spécimen et le collecteur. Savoirs naturalistes, pouvoirs et altérités, xviii e-xx e siècles* (Paris: MNHN, 2020). Para la paleontología, ver I. Podgorny, "Ser todo y no ser nada. El trabajo de campo entre los naturalistas argentinos a fines del Siglo XIX", en *Historias y estilos del trabajo de campo en Argentina* (Buenos Aires: Antropofagia, 2002), pp. 31-77. Para la prehistoria: Noël Coye, *La Préhistoire en parole et en acte: Méthodes et enjeux de la pratique archéologique: 1830-1950* (Paris: L'Harmattan, 1998) y "La préhistoire au quotidien: la pratique de l'archéologie préhistorique au XIXème siècle, d'après les correspondances réunies au Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye", *Gradhiva*, 9 (1991), pp. 77-94
 3. Ver Susana García e Irina Podgorny, "La 'Casa de los Pilotos', las escorias de la Patagonia y el naturalista de la barca inglesa," en Rosaura Ruiz, M. A. Puig-Samper y Graciela Zamudio (eds.), *Darwin, biología y sociedad* (Madrid: Doce Calles, 2013), pp. 29-50.
 4. Sobre Saint-Hilaire, Lorelai Kury, "La politique des voyages et la culture scientifique d'Auguste de Saint-Hilaire", en Yves Laissus (ed.), *Les Naturalistes français en Amérique du Sud – XVIe-XIXe siècles* (Paris: CTHS, 1995) y Sergio Romaniuc-Neto, *Auguste de Saint-Hilaire (1779-1853) Un botaniste français au Brésil* (Paris: Publications Scientifiques du Muséum, 2019); sobre Sellow, Hanns Zischler, Sabine Hackethal y Carsten Eckert, *Die Erkundung Brasiliens, Friedrich Sellow's unvollendete Reise* (Berlin: Galiani, 2013); sobre Larrañaga, Rafael Algorta Camusso, *El Padre Dámaso Antonio Larrañaga. Apuntes para su biografía* (Montevideo: Barreira y Ramos, 1922) y también Fernando Mañé Garzón, *El glorioso montevideano. Vida y obra del Doctor José Manuel Pérez Castellano (1742-1815)* (Montevideo: AGN, 1998-2003).
 5. "Carta de Saint-Hilaire a Larrañaga, Río de Janeiro, 21 de octubre de 1821", en D.A. Larrañaga, *Escritos*, 3 (Montevideo: Imprenta Nacional, 1924), pp. 282-3.
 6. "Chacra" –término que Larrañaga utiliza en sus escritos–procede del quechua y significa alquería o granja en español rioplatense.
 7. Irina Podgorny y Maria Margaret Lopes, *El desierto en una vitrina. Museos e Historia Natural en la Argentina* (Rosario: Prohistoria, 2013).
 8. Irina Podgorny, "Fossil Dealers, the Practices of Comparative Anatomy and British Diplomacy in Latin America, 1820-1840", *The British Journal for the History of Science*, 46: 4 (2013), pp. 647–74. <http://www.jstor.org/stable/43820434>.
 9. D. Larrañaga, "Megaterium", en D.A. Larrañaga, *Escritos*, 1 (Montevideo: Imprenta Nacional, 1922) p. 4.
 10. Manuel R. Trelles, "El Padre Fray Manuel de Torres," *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, 4 (1882), pp. 439-448.
 11. Irina Podgorny, "Bureaucracy, Instructions, and Paperwork – The Gathering of Data about the Three Kingdoms of Nature in the Americas, 1770-1815", *Nuevo Mundo*

- Mundos Nuevos*, publicado el 19 febrero 2019, consultado el 12 enero 2024. URL: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/75454>; DOI: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.75454>. Ver Jorge Gelman, *Un funcionario en busca del Estado – Pedro Andrés García y la cuestión agraria bonaerense, 1810-1822* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997).
12. José M. López Piñero y Thomas Glick, *El Megaterio de Bru y el Presidente Jefferson. Una relación insospechada en los albores de la paleontología*, Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia, 42 (1993) e Irina Podgorny, “El camino de los fósiles: las colecciones de mamíferos pampeanos en los museos franceses e ingleses”, *Asclepio*, 53: 2 (2001), pp. 97-116.
 13. Ch. Pander y E. D’Alton, “Riesenfaulthier (Megatherium),” *Isis*, 1 (1818), pp. 1083-4.
 14. Irina Podgorny, “De ángeles, gigantes y megaterios. Saber, dinero y honor en el intercambio de fósiles en las provincias del Plata en la primera mitad del Siglo XIX,” en Ricardo Salvatore (ed.), *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno* (Rosario: Beatriz Viterbo, 2007), pp. 125-157 y Fernando Ramírez Rozzi e Irina Podgorny, “La metamorfosis del megaterio”, *Ciencia Hoy*, 11: 61 (2001), pp. 12-19.
 15. “Carta de Bonpland a Larrañaga, Buenos Aires, 15 de septiembre de 1818,” en D. A. Larrañaga, *Escritos*, 3 (Montevideo: Imprenta Nacional, 1924), p. 271.
 16. “Los mamilares de este país según el sistema de Cuvier”, Fondo Larrañaga, AGN, también en D. Larrañaga, *Escritos*, 2 (Montevideo: Imprenta Nacional, 1923), cuadros entre pp. 340-341.
 17. Allí, Saint-Hilaire conoció al Ingeniero Friedrich Varnhagen, administrador de los altos hornos, y al austríaco, Johann Natterer, zoólogo de la expedición austríaca organizada en ocasión de la boda de la Archiduquesa Leopoldina de Austria con el Príncipe de la Corona portuguesa, Cf. Auguste de Saint-Hilaire, *Voyages dans les provinces de Saint-Paul et de Sainte Catherine*, 1 (Paris: Bertrand, 1851), pp. 390-394; sobre los altos hornos de Ipanema, ver Silvia Figueirôa y Clarete da Silva, “Enlightened Mineralogists: Mining Knowledge in Colonial Brazil, 1750-1825”, *Osiris*, 15 (2000), pp. 174–89. <http://www.jstor.org/stable/301947>.
 18. TB 2, p. 14 (MfN).
 19. TB 2.1, p. 17 (MfN).
 20. Original: “Die Reste eines colossalen Thieres, welche Padre Laranhaga besitzt, wurde bei Buenos Aires gefunden, außer dem Schwanz dieses Thieres besitzt er ein Stück von dem Rückenpanzer eines fossilen Dasypus?, welches bei Montevideo gefunden wurde”. TB 2.1, p. 17 (MfN). Resaltado nuestro.
 21. Damasio Larranhaga, “Note sur le *Megatherium* de Cuvier, l’*Hydromis*, et une variété nouvelle de Maïs”, *Bulletin des Sciences par la Société Philomatique*, 8 (1823), p. 83
 22. Frédéric Cuvier, *Des dents des mammifères considérées comme caractères zoologiques* (Strasbourg: Levrault, 1825), p. 184.
 23. “Carta de Saint-Hilaire a Larrañaga, París, 19 de septiembre de 1822”, en D.A. Larrañaga, *Escritos*, 3 (Montevideo: Imprenta Nacional, 1924), p. 292.
 24. Georges Cuvier, *Recherches sur les ossemens fossiles*, 5 (Paris: Dufour, 1823), p. 191 (nota al pie).
 25. Christian Weiss, “Über das südliche Ende des Gebirgszuges von Brasilien in der Provinz S. Pedro do Sul und der Banda Oriental oder dem Staate von Monte Video; nach der Sammlungen des Herrn Fr. Sellow”, *Abhandlungen der K. Akademie der Wissenschaften*

- zu *Berlin von 1827* (1830), p. 286; José F. Fernandes Pinheiro, *Annaes da provincia de S. Pedro* (Paris: Casimir, 1839), p. 31-2.
26. Weiss, “Über das südliche”, pp. 282-3.
 27. Weiss, “Über das südliche”, p. 281.
 28. Podgorny, “Fossil Dealers”.
 29. Weiss, “Über das südliche”, p. 219.
 30. Original: “den Beraldo, Eigenthümer des Campo, wo das 40 Palmen lange fossile Skelet liegen sollte [...] Begierig fragte ich ihn nach dem Gegenstand, der meine Reise hierher veranlasst und hörte mit Erstaunen, daß er selbst dieses Skelet nie gesehen, sondern nur davon gehört hätte und glaube, daß nur wenig noch da zu finden sein würde, derselbe Beraldo, der unlängst noch schriftlich ausgegeben, daß einer der hiesigen großen Karren nicht hinreichend sein würde, die Knochen fort zu führen” (Exk 5, Blatt 12r, MfN).
 31. Ibid. Citado tal como en el documento original.
 32. Original: “[...] nicht ein 40 Palmen langes Skelet, als man ausgegeben hatte, sondern ein 2‘ langes und 10“ hohes Fragment vom Panzer jenes freilich jetzt nicht mehr lebendig vorkommenden Thiers, wovon ich bei Laranhaga in Montevideo ein Stück gesehen & wovon Nèves zu Mercedes mir ein Stück vom Schwanze gegeben hatte und dem ähnlich & vermutlich zum selben Genus gehörend, wovon ich einige Brocken auf der Estancia von Don Pedrito am Queguay gefunden hatte” (Exk. 5, Blatt 13r).
 33. “Zum Glück lag dieses Stück noch größtentheils begraben. Man sah deutlich daran, daß das Thier auf der Seite gelegen hatte der Länge nach von Süd nach Nord fast in der Richtung des Flusses an dieser Stelle, und demselben den Rücken zukehrend. Nach Norden hin dicht an diesem Fragment lag ein Theil der Hand, nach Süden hin ein Theil des linken Fußes. Vom Fuße sowohl als von der Hand fehlen [...] kleine Knochen, die schon von den Überschwemmungen fortgeführt worden waren, denn diese Glieder lagen schon zum Theil entblößt. Alles Vorhandene wurde sorgfältig ausgegraben und im Flußbett wurde nachgesucht, wo dann auch noch eine Menge Fragmente vom Panzer, doch keine von der Größe der Ersteren gefunden wurde. [...] Theile vom Kopf, Zähne konnte ich nirgends entdecken” (Exk. 5, Blatt 13r).
 34. Weiss, “Über das südliche”, p. 278; Carlos de Paula Couto, “Sobre os vertebrados fosseis da coleção Sellow do Uruguai”, *Boletim Divisão de Geologia e Mineralogia, Brasil*, 125 (1948), pp. 1-14, Maria Margaret Lopes, *O Brasil descobre a pesquisa científica. Os Museus e as ciências naturais no século XIX* (São Paulo: Hucitec, 1997), p. 57.
 35. Paula Couto, “Sobre os vertebrados”, p. 4.
 36. Original: “Da diese Überreste von der hiesigen Regierung verlangt worden sind, habe ich von allen Knochen und von den merkwürdigsten Panzerstücken, so treu als mir möglich war, Skizzen gemacht, welche ich nebst einigen Naturalien zur besseren Auszeichnung derselben mit der nächsten guten Gelegenheit einsenden werde. Obschon meine Erwartungen nicht befriedigt wurden: so ist es mir doch lieb ihre Überreste in Sicherheit gebracht zu haben, welche vermutlich bald für immer verloren gegangen wären”. Correspondencia Sellow y Olfers I/3, folio 163v, MfN.
 37. Paula Couto, “Sobre os vertebrados”, E. D’Alton, “Über die von dem verstorbenen Herrn Sellow aus der Banda oriental mitgebrachten fossilen Panzerfragmente und die dazu gehörigen Knochen-Überreste”, *Abhandlungen der Königlichen Akademie der Wissenschaften (Berlin)* (1835), p. 369, Weiss, “Über das südliche”, Fig. 13.
 38. Arsène Isabelle, *Voyage à Buénos-Ayres et à Porto-Alègre, par la Banda-Oriental* (Havre: Morlen, 1837), p. 333. Es probable que la elección de este nombre para los restos remitidos por Sellow, ocurrida después de la muerte de Cuvier en 1832, fuera

- un gesto para congraciarse con su oponente y reemplazante en París, Henri Ducrotait de Blainville (1770-1850), quien en 1835 había creado el grupo de los Ictiosaurianos fósiles en la clase que él denominó “squamifera”, animales con escamas, que, en el vocabulario de este inventor de neologismos, equivalía a los reptiles.
39. “Prochain retour de M. Bonpland”, *Nouvelles Annales des voyages et des sciences géographiques*, 2 (1832), p. 252.
 40. Podgorny, “Fossil Dealers”.
 41. Lissa Roberts, “Situating Science in Global History: Local Exchanges and Networks of Circulation”, *Itinerario*, 33 (2009), pp. 9-30.
 42. Roland Becker (ed.), *Carnac. Des pierres racontées par les voyageurs des 18^e et 19^e siècles* (Spézet: Breizh, 2021); Serge Cassen (ed.), *Autour de la Table. Explorations archéologiques et discours savants sur des architectures néolithiques à Locmariaquer, Morbihan* (Nantes: CRA, CNRS et Université de Nantes, 2009).
 43. Nathalie Richard, *Inventer la préhistoire. Les débuts de l’archéologie préhistorique en France* (Paris: Vuibert, 2008); Noël Coye, *La Préhistoire*.
 44. Nicole Belmont (ed.), *Aux sources de l’ethnologie française: l’Académie celtique* (Paris: CTHS, 1995); Mona Ozouf, “L’invention de l’ethnographie française: le questionnaire de l’Académie celtique”, *Annales. Histoire, Sciences sociales*, 36: 2 (1981), pp. 210-230.
 45. Alpheus Spring Packard, “Among the Prehistoric Monuments of Brittany”, *The American Naturalist* (1891), p. 870.
 46. Christophe Le Pennec, “La Société Polymathique et la naissance de collections archéologiques en Morbihan” *Annales de Bretagne et des Pays de l’Ouest*, 118: 3 (2011), pp. 73-96.
 47. Stefanie Gänger, *Relics of the Past Tell the Story of Antiquities Collecting, Antiquarianism, and Archaeology* (Oxford: Oxford University Press, 2014).
 48. El emperador Pedro II de Brasil se alojó en el Hôtel du Commerce de Plouharnel durante su visita en junio de 1877, ver Roderick J. Barman, *Citizen Emperor: Pedro II and the Making of Brazil* (Stanford: Stanford UP, 1999), p. 282.
 49. Margarita Diaz-Andreu, *A History of Archaeological Tourism. Pursuing Leisure and Knowledge from the Eighteenth Century to World War II* (New York: Springer, 2020); Irina Podgorny, “‘Tocar para creer’: La Arqueología en la Argentina, 1910-1940”, *Anales del Museo de América*, 12 (2004), pp. 147-182.
 50. Rudolf Dröbner, *Flucht aus dem Paradies. Leben, Ausgrabungen und Entdeckungen Otto Hausers* (Halle-Leipzig: Mitteldeutscher, 1988); Jean-Jacques Cleyet-Merle, “Otto Hauser”, *Paléo*, hors-série, *Une Histoire de la préhistoire en Aquitaine* (1990) pp. 72-75 y White Randall Hauser, *L’Affaire de l’abri du poisson. Patrie et préhistoire* (Périgueux: Fanlac, 2006).
 51. Sylvie Weens, *Ferdinand Pagnon (1848-1909). Étude d’un acteur majeur sur la scène touristique et archéologique de Louqsor à travers ses archives familiales*, mémoire dactylographié de Master 2, Université du Mans, 2022. Resultado nuestro.
 52. Henry Blackburn, *Breton Folk: An Artistic Tour in Brittany* (London, 1880), p.184.
 53. Zacharie Le Rouzic, *Carnac et ses monuments. Avec une carte itinéraire* (Morlaix: Chevalier, 1897), p. 11.
 54. Archives du Musée Miln Le Rouzic de Carnac; Fonds James Miln, Société polymathique du Morbihan, Vannes. Ver Nathalie Richard y Hadrien Viraben, “The Work of a Dilettante or a Grand Amateur?: The Visual Productions of a 19th-Century Gentleman Archaeologist”, *Nuncius*, 39: 1 (2023), pp. 51-75. <https://doi.org/10.1163/18253911-bja10070>

55. Nadia Bayle, “Quelques aspects de l’histoire de l’archéologie au xix^e siècle: l’exemple des publications archéologiques militaires éditées entre 1830 et 1914 en France, en Afrique du Nord et en Indochine”, PhD diss., Université Paris 4, 1986; Nadia Bayle, “Armée et archéologie au xix^e siècle: éléments de recherche sur les travaux archéologiques des officiers français publiés entre 1830 et 1914”, *Revue d’archéologie moderne et d’archéologie générale*, 3 (1984–1985), pp. 219–230; Ann Bermingham, *Learning to Draw: Studies in the Cultural History of a Polite and Useful Art* (New Haven: Yale University Press, 2000), pp. 83–85; Irina Podgorny, “The Reliability of the Ruins,” *Journal of Spanish Cultural Studies*, 8: 2 (2007), pp. 213–233.
56. “The Archaeological Institute in Brittany”, *The Athenaeum*, 3123 (1887), pp. 317–8.
57. James Miln, *Fouilles faites à Carnac (Morbihan): Les Bossenno et le Mont-Saint-Michel* (Paris: Didier, 1877), p. 12.
58. La colección de Gressy aparece en el inventario de sus bienes posterior a su deceso. Archives départementales du Morbihan, Vannes, 6 E 9329.
59. Cyrille Chaigneau, Nathalie Richard y Hadrien Viraben, “Louis Cappé (1840–1886), un travailleur de l’ombre de l’archéologie carnacoise”, *AmateurS—Amateurs en sciences* (France, 1850–1950) <https://ams.hypotheses.org/1474>
60. Registre des visiteurs. Archives du Musée Miln Le Rouzic de préhistoire de Carnac. Ver Nathalie Richard, “Un monde d’amateurs révélé par une collection: le Musée Miln et l’archéologie préhistorique à Carnac autour de 1900”, en Nathalie Richard (ed.), *Amateurs en sciences. Une histoire par les collections* (Paris: CTHS, 2024), <https://doi.org/10.4000/books.cths.18337>
61. Gérard Bailloud y Gwenaëlle Wilhelm-Bailloud, *Zacharie Le Rouzic, archéologue et photographe à Carnac* (Carnac: Blanc et noir, 2014).
62. Simon Schaffer, Lissa Roberts, Kapil Raj y James Delbourgo (eds.), *The Brokered World: Go-Betweens and Global Intelligence, 1770–1820* (Sagamore Beach, MA: Science History Publications, 2009).
63. Howard Crowhurst y Philippe Gaillard, *Mémoire de pierres à Plouharnel: photographies et textes inédits de Félix Gaillard, 1870 à 1895* (Plouharnel: HCom, 2004); Félix Gaillard, *Fouilles des dolmens du Port-blanc à Saint-Pierre-Quiberon, février 1883. Rapport déposé à la Commission des monuments mégalithiques, à la Société d’anthropologie, à Paris, et à la Société polymathique, à Vannes* (Vannes, Galles, 1883); Jean-Noël Guyodo y Audrey Blanchard, “Histoires de mégalithes: enquête à Port-Blanc (Saint-Pierre-Quiberon, Morbihan)”, *Annales de Bretagne et des Pays de l’Ouest*, 121: 2 (2014), pp. 7–30.
64. Archives du Musée d’archéologie nationale, Saint-Germain-en-Laye, dossier “Félix Gaillard”, Carta de Plouharnel, 24 de abril de 1890. Sobre el valor de los objetos prehistóricos: Léa Saint-Raymond, “Entre spécimen et ‘belle série’: la paradoxale mise en art des objets préhistoriques en vente publique (1882–1933)”, *Revue de l’Art*, 206: 4 (2019), pp. 45–50.
65. A. Packard, “Symbolism among the dolmens and standing stones of France”, *The American Antiquarian and Oriental Journal*, 12 (1890), p. 275.
66. Gaillard, *Rapport sur les restaurations des monuments mégalithiques au 19 juillet 1883, déposé à la commission des monuments mégalithiques, à la Société d’anthropologie, à Paris, et à la Société polymathique, à Vannes* (1884). Las fotografías enviadas se conservan en los álbumes de la Société d’anthropologie de Paris; ver por ejemplo, la excavación de Port-Blanc (álbum 10) “Monuments préhistoriques”, Archivo del MNHN, cote SAP 155 (10) <https://bibliotheques.mnhn.fr/medias/detailstatic>.

aspx?INSTANCE=EXPLOITATION&RSC_BASE=IFD&RSC_DOCID=MNHN_SAP_155_10

67. F. Gaillard, *Les Monuments mégalithiques et les fouilles de 1883 et 1884. Guide et itinéraire, avec indication des acquisitions et des restaurations faites par l'Etat* (Rennes: Le Roy, 1885).
68. F. Gaillard, *L'Astronomie préhistorique* (Paris: A. Charles, «Sciences populaires», 1897).
69. Packard, “Among the Prehistoric Monuments”, p. 875.
70. Packard, “Symbolism”, p. 278.
71. Ver William Collings, *Lukis, A guide to the principal Chambered Barrows and other Pre-historic Monuments in the Islands of the Morbihan, the Communes of Locmariaker, Carnac, Plouharnel, and Erdeven; and the Peninsula of Quiberon and Rhuis, Brittany, by W.C. Lukis, MA, FSA, fellow of the Royal Society of Northern Antiquaries; corresponding Member of the Société Polymathique du Morbihan; the Société archéologique de Nantes; the Société de Climatologie Algérienne* (Ripon: Johnson and Co, 1875).
72. Saint-Raymond, “Entre spécimen”.
73. Ver por ejemplo, los itinerarios de los viajes de Charles Darwin y Alcide d'Orbigny.
74. Podgorny, “Fossil Dealers”.
75. Ver la bibliografía citada en Monika Domman, Hannes Rickli y Max Stadler (eds.), *Data Centers. Edges of a Wired Nation* (Zürich: Müller, 2020).
76. Ibid.
77. Gabriela Soto Laveaga y Pablo Gómez, “Introduction”, *History and Technology*, 34: 1 (2018), pp. 5-10, DOI: 10.1080/07341512.2018.1516848